

MANUEL JABOIS

Los que no buscan que se les haga caso

En una película independiente que dirigió Mario Iglesias, *De bares*, un hombre llega a un bar, se acerca a la barra y trata de pedir algo sin éxito. Le pasa siempre. No es invisible, pero lo parece. Ocurre a menudo. Incluso tipos o tipas despampanantes, que atraen toda la atención del local, de repente se vuelven invisibles a ojos del servicio, como si en su radar no importasen tanto las llamadas de atención convencionales como un sexto sentido que les exige fijar la atención en otro sitio. En Manuel Vicent, por ejemplo, que un día dijo que viajar consiste en que te conozcan por tu nombre los pianistas de los grandes hoteles. O en Óscar Tusquets, que, cuando se fue del hotel Connaught de Londres dejando atrás varias camisas en la lavandería, se las encon-

tró planchadas sobre la cama tres años después. Ese reconocimiento es todo lo que uno tiene que pedirle a la vida.

El protagonista de *La sombra* (Libros del KO), de David Cabrera, no es, definitivamente, Manuel Vicent. Ese protagonista mató a un hombre, fue condenado a 20 años de prisión y se escapó antes de entrar en la cárcel; en lugar de salir a algún país remoto, se escondió delante de todos, en Barcelona, y formando una familia. Sin identidad, eso sí: un ciudadano inexistente para el Estado, alguien sin número. La historia es alucinante. A fuerza de supervivencia ("mi instinto es muy fuerte", dice) consigue hacer voluntariamente lo que aquel protagonista de *De bares*: pasar inadvertido llamando a gritos a un camarero o que la gente no repare en él después de apali-

zar a alguien en plena calle. Ser exactamente eso: una sombra, aquello que ves o intuyes, pero no le pones nombre. Por esas páginas de un hombre desconocido y anónimo con hábitos de superespía (memoria prodigiosa, autocontrol, resistencia psicológica y una extraordinaria capacidad natural para mentir) pasa además un retrato estupendo de la degradación de las administraciones: se puede vivir sin ellas si las corrompes lo suficiente.

En un momento del libro, el protagonista conoce a su madre, que lo abandonó cuando él tenía dos años. Es un reencuentro extraordinario por lo que tiene de real: no hay emoción, ni sentimientos, ni cámaras rodando una película que no existe. Son dos desconocidos presentándose y despidiéndose con dos besos en la mejilla, pe-

ro emplazándose para una nueva ocasión y otra. Y la *mala madre* cuenta qué pasó. Harta de las palizas de muerte de su marido, cogió a los niños y huyó; el hombre la encontró, se los quitó y la amenazó de muerte si volvía a acercarse a ellos.

Es impresionante cómo de repente *La sombra* lleva, por inercia, a otra novedad, *Las abandonadoras* (Destino), de Begoña Gómez Urzaiz. Al contrario de lo que ocurre en esas páginas del libro de Cabrera, el de Gómez Urzaiz no es una reparación ni una exculpación de madres que dejan a sus hijos. Intenta responder a la pregunta que formula al principio: ¿qué clase de madre abandona a su hijo? Hay muchas respuestas, a veces dadas por las propias protagonistas. Quizá mi preferida sea la de la hija de Ingrid Bergman tras dejar a su familia en Estados Unidos para irse con Roberto Rossellini: "Mi madre nos dejó porque se fue a Italia a follar con un señor". A veces tampoco hay que darle muchas vueltas a las cosas: a veces, incluso, una madre abandona a sus hijos por la misma razón que los padres.